Histéresis

ByALady

Capítulo 1

Prólogo

Querida Lula,

Sólo al final podemos decir que se saben ciertas cosas. Por ejemplo, sé con certeza que me encantaba sentir cómo la arena osada se atrevía a emigrar de entre mis dedos. Concebir mediante toques imperceptibles la sensación de la efímera plenitud en la palma de mi mano, y notar como huía suavemente, poco a poco. Como un reloj de arena que dicta el tiempo punzante entre tus recuerdos, pero que resulta imperceptible en tu realidad. En su versión más cauta, al menos. Ahora, apenas puedo percibir las palabras que el viento sopla con rudeza los días en los que reina el silencio. Los años pueden parecer inocentes, pero batallan por llevarse todas las sensaciones con ellos hacia un cobertizo recóndito. Sólo cuando te das cuenta de ello puedes consentirte el lujo de engendrar palabras y aludir sentimientos a aquello que una vez abrumó tu mente. Es por eso por lo que te escribo a ti, Lula. Nunca podría atreverme a insinuar si quiera que me concedieras el perdón que tu madre nunca supo gratificarme. Tras el velo en el que se esconden todos esos años sin saber de vosotras, yo tan solo espero que tu rencor te permita leer, tu lectura te permita pensar, en tu pensamiento encuentres la meditación y que en ella acabes encontrando el tormento preciso para afligir a tu inocente pensamiento sobre los caminos arduos que se le abren a cada uno en la vida. Y sí, es verdad. Nunca son caminos y casi nunca tienen un final, pero la vida del hombre siempre ha estado destinada a seguirlos, y la vida de la mujer a crearlos. No te dejes angañar, puede que algunas de ellas se atrevieran con apisonadoras firmes y otras tan solo con sus propias uñas, pero siempre todas estableciéndolos desde cero. Bien puede decirse que esta es la condena con la cual debemos cargar para que nos vean, y lo que es aún más importante; para que nos escuchen. Esa es el arma que siempre quise empuñar: la palabra. Dios sabe que me pesa el alma reconocer que desconozco lo qué es de ti, pero no importa si estas leyendo esto bañada por el sol o bajo un cielo encapotado. Si estás leyendo esto, ahora tienes la voz. No permitas que se te ahogue en un mar enardecido por intimidaciones ni que te asalten botes de inseguridad en plena marea baladronada. Tan solo eres un barco más en todo un mundo repleto de mar, pero demuéstrale a todo el mundo que eres capaz de ser la primera en llegar a buen puerto.

Nita.

Capítulo 2

Capítulo primero

El reloj marcaba las ocho de la mañana en la pared de la oficina de *El ahora* . Cualquier persona que hubiera abandonado la pantalla del ordenador, para perder su mirada por la ventana, hubiera sido capaz de percibir ese preciso momento en el que el cielo se desenvuelve sin pudor, dilatando sus texturas más cálidas hasta colorear el último rincón más oscuro del cielo. Pero Penélope Gresco caminaba con la prisa indiscreta que se le atribuye a una niña entre el bullicio laboral de cada mañana, abriéndose camino entre trajes negros y corbatas largas, ella destacaba por llevar encima la burlona mirada de la seguridad chispeando en sus ojos oscuros. Era la morbosa melodía de sus habituales tacones de aguja resonando por el encerado suelo el único carácter disconforme que le despuntaba de entre todos ellos. *"Personas grises, con pensamientos grises"* recordó. Pero hoy no era un viernes cualquiera, pues bien podía intuirse en su amago de sonrisa o en el brillo escandaloso tras su mirada. Quizá fue por ese motivo por el que abrió la puerta del despacho sin llamar.

—Tengo el diario de Nita Rodríguez.

El señor Romano, enzarzado en algún tipo de discusión con Román, se giró con cierta dificultad y el ceño fruncido.

— ¿Y quién cojones es esa? —No se sorprendió ni se mostró contrariado por su intromisión. Estaba acostumbrado a la impertinencia imprudente con la cual entraba a todos sitios. Sorprenderse a estar alturas, hubiera sido cuanto menos inútil.

—Pensaba que el jefe de contenidos de un periódico como *El ahora*, tendría ciertos conocimientos acerca de la legítima fundadora de *Montecristo* —No sé esforzó en disimular su amago de sonrisa al contemplar el rostro de Román.

— ¿*Montecristo*? — intervino por primera vez él— *¿La editorial Montecristo* ?

La editorial Montecristo había pertenecido durante años a la cúspide de empresas editoriales más galardonadas de la historia. Su solo nombre se solía relacionar con prestigio, y su único fundador había representado para todo el mundo el papel de empresario dedicado y sufrido. Y todo el mundo sabía que el dolor de un sueño era un requisito indispensable si pretendes aspirar a algún hueco en la historia.

—La última vez que lo comprobé el único fundador de la editorial Montecristo era Roberto De la Calle —dijo antes de volverse —¿No vendrás ebria al trabajo, Gresco?

—Eso es lo que cree todo el mundo, señor — continúo ella, tomando asiento frente a él, justo al lado de Román—. Pero la verdad es que detrás de todo el imperio Montecristo estuvo siempre esta mujer. Lo que significa que Roberto De La Calle es probablemente un impostor.

El señor Romano se rascó la barbilla mientras se sumía en su maraña de pensamientos particular. Dios la librara de entrometerse en ellos, aunque resultaba evidente para todos en aquella sala su torpe intento en encontrar un sentido a las palabras de esa chiquilla estúpida y sobre todo, cómo iba a repercutirle a él este precario asunto.

— ¿Tienes pruebas? — preguntó por fin.

—Su diario personal.

—Su diario personal — se echó a reír—. ¿Qué será lo siguiente, Gresco? ¿Admitir frente al mundo que Papá Noel existe porque una mocosa asegura en su diario haberlo visto a él y a sus doce renos en su tejado como el puto violinista?

—Puedo asegurar que todo lo que escribe en ese diario es tan verídico como la necesidad precaria que tiene este periódico por lanzar una bomba de este tamaño.

— ¿Tú? —siguió mostrándose desilusionado— ¿Y se puede saber cómo?

—No.

— ¿No?

—Por el momento no. Pero el diario hablará por si solo.

—Ni hablar—Pareció volver hacia a sus papeles, pero todos en aquel despacho sabían que ya era demasiado tarde. Ella ya había visto asomarse esa cálida llama en sus pupilas y estaba dispuesta a soplar lo suficiente para avivarla.

—Yo misma encabezaría una investigación, señor. Y mientras tanto publicaríamos sus páginas cada día, para que nuestros lectores puedan leer sus palabras, sus emociones. Eso permitiría que empaticen con la pobre muchacha de pueblo a la que utilizaron y obligaron a callar por el simple hecho de ser una mujer inteligente en un tiempo en el que a estas

mismas se las atribuía la misma responsabilidad que la de un espejo.

— ¿Es que no me has oído? —gruñó el señor Romano con un tono mucho menos convincente, algo que obligó a Román a intervenir, nervioso.

— ¿De verdad que tu intención es publicar una novela a costa de la privacidad de una pobre señora? Esto sigue siendo un periódico serio, Penn.

—Tú a callar, joder—exclamó el señor Romano en su lugar— ¿Es que soy el único que recuerda que tan solo sois unos putos becarios?

—Es una historia verídica, señor — insistió sin calmar las aguas de sus palabras—. Sobre cosas que la gente de hoy necesita conocer, que las mujeres de antes necesitan oír. *"Las mujeres saben de lo que tienen que protegerse, porque leen novelas que les cuentan cómo hacerlo..."*, ¿no? Solo es una sección diaria, no pido más. Además, usted más que nadie sabe cuánto le gusta a la gente las historias verídicas y sufridas.

— ¿Acabas de citarme a Hardy?

—Hardy sabía lo que decía, señor.

—Cómo tú, ¿no? Te crees muy lista… — volvió a pasarse su mano por la barbilla con aspereza. — ¿Cómo dices que es ese diario?

A Román casi se le salieron los ojos de las orbitas.

—Confío en que es brillante, señor.

— ¿Cómo? — gruñó dejando caer los brazos sonoramente encima de la mesa —. ¿Me estás diciendo que ni si quiera lo has leído?

—Verá, señor — cogió aire por primera vez. Ahora venía la parte más compleja— el diario llegó a mí con dos simples condiciones. La primera exige que lea las páginas que corresponden a un día durante cada día. Y lo he recibido esta mañana, asique como verá no he tenido tiempo a leer el primer capítulo.

El señor Romano farfulló algo incomprensible antes de decir:

— ¿Y cómo narices estás tan segura de que fue ella quien fundó Montecristo?

—Tengo buenas razones para estar convencida, señor.

— ¿Y la otra condición? —volvió a interrumpirlos Román—. ¿De qué trata?

¿Una compensación económica, quizás?

— La segunda condición rogaba al lector que no diera por acabada una historia solo porque deba tener un final.

—¿Y eso qué cojones quiere decir eso?

—No lo sé — respondió con sinceridad. — Pero creo que merece la pena descubrirlo.

—Qué portento de señora —silbó el señor Romano—. Así que tenemos ante nosotros el diario de una extraña anciana con afán de protagonismo y muchas ganas de jugar a los misterios.

—No lo creo. La he investigado y está muerta. Murió de Alzheimer hace dos años.

Se sobrepuso un silencio forzoso en la sala, el resultado de una bomba que ella misma había planeado tirar en el momento adecuado. Resultaba curioso, pensó, como el efecto de unas cuantas palabras bien ordenadas pueden suscitar sensaciones encontradas en diferentes personas.

— Y supongo que esta era su última voluntad— se encargó de romper el tranquilo ambiente Román.

—No lo sé. El cuaderno venía como un paquete sin remitente. Así que desconozco si fue la propia Nita quien lo envió — dijo antes de acercarse a echarle un rápido vistazo al reloj de la pared—. Pero puede ser una oportunidad enorme si la aprovechamos bien. No sólo destaparíamos un fraude, sino un acto misógino de antaño que podria prebalecer en la actualidad.

—Mentiría si dijera que no me resulta interesante, Gesco.

—Eso son palabras mayores, ¿no?— contestó un incrédulo Román —.La editorial Montecristo podría aplastarnos con un dedo.

—¡A callar, Torres! — intercedió el señor Romano—. Pero el chico tiene razón. Es algo que debo pensar y debatir con lsa junta. ¿De acuerdo?

Penélope Gresco podía resultar vulnerable a ciertas cosas, pero no se la podía considerar una simpatizante a seguir las normas. Y todos en aquella habitación estaban enterados sobre ello. Puede que eso fuera suficiente, pensó ella, para redimir su pecado.

—Está bien.

Se levantó de esa mesa sin tan si quiera reparar en Román, quién había adoptado un semblante serio mientras la seguía con la mirada hasta la puerta. Se marchó sin despedirse, no hacía falta. El señor Romano pertenecía a esa clase de personas que no se esfuerzan por mantener una rigurosa educación profesional con nadie, y Román iba a aparecer a su lado exactamente dentro de un minuto. Tiempo suficiente para ir hasta su mesa y recoger todo lo necesario para empezar cuanto antes con su espacio. Tan sólo recogió la libreta desgastada que le había acompañado durante estos cuatro años de carrea, y su grabadora, la que le regaló su madre el día de su decimoctavo cumpleaños.

Lo que convierte a una persona en un superhéroe, son las herramientas que lleva con él, solía decirle constantemente. Tecleó el número de la oficina de redacción y les avisó que el jefe había dado órdenes para que en el próximo número de mañana se añadiera una sección extra. Se lo enviaría todo por correo esta tarde.

— ¿Sabes cuantas probabilidades tienes de que el gilipollas de Romano te de luz verde? —Y ahí estaba, se dijo. Román dándole la charla exactamente un minuto después.

— ¿Sabes cuantas probabilidades tuvo Aphra Behn de que publicaran su novela sin un seudónimo masculino tras él?

—Esto no es un juego, Penn. Te conozco, sé lo que vas a hacer y te tengo que avisar, ¡te van a echar después de esto!

—Entonces, explícame si no es un juego, ¿por qué estoy disfrutando tanto?

—Penélope…

—Vaya, ¿Y ahora ya no me tuteas?

Arrugó el ceño, adoptando una expresión reprobatoria. Ella se río para sus adentros. Es curioso como los hombres se ocultan tras los mismos gestos cuando se sienten acorralados, pensó con sorna.

—Mi intención no es la que tú te empeñas en pensar — dijo cruzándose de brazos—. Madura de una vez y deja de ser tan cínica.

— Lo tendré en cuenta — se hizo a un lado, pero Román le cerró el paso —. ¿Algo más?

—Vas a hacerlo, ¿verdad? — resopló cambiando de tema.

—No sé de que me hablas — sonrío.

—Gresco…

—Torres, me voy a ir a casa. No me encuentro bien — dijo mientras se entretenía en ponerse la bufanda —. Por favor, díselo al señor Romano de mi parte.

—Pueden despedirte. Adiós a tus prácticas, y adiós a tu carrera. No encontraras a estas alturas otro sitio en el que hacerlas. Por favor, dime que lo entiendes.

Penélope no sintió otra cosa más que repulsión por cada una de las oraciones que habían salido de su boca. La primera frase le resultó arrogante. La segunda, obtusa. La tercera, cuanto menos soberbia. Y la cuarta, humillante. Humillante para él, sin duda.

—Cuanto menos sepas, mejor — Le guiñó un ojo e inició su marcha hacia el ascensor—. No te molestes en venir esta tarde, estaré ocupada.

Penélope había estado toda la mañana y gran parte de la tarde fuera, caminando de un lado a otro por todas las oficinas de correo antes de volver a su pequeño piso. Resulta curioso como la sensación de auxilio desaparece cuando estás en casa. Y para ella, sus cuatro paredes le atribuían un silencio ensordecedor que disimulaba la existencia de cualquier ruido externo. Curioso, pensó, tan solo eso.

El recibidor estaba limpio, pero desordenado. Había una montaña de papeles por la pequeña mesa central y esparcidos por el suelo. Dos tazas de té ahora vacías yacían sobre la mesita, junto a sus gafas de pasta. Sin embargo, en aquel aparente desorden, Penélope Gresco lograba encontrar el suyo propio. Los papeles que se amontonaban en el suelo eran los proyectos fallidos. Encima de la mesa, se encontraban todos los que tenían potencial. Y encima de todos ellos, el paquete. El papel de envolver quedaba arrinconado en el extremo de la mesa, así que el cuaderno quedaba plenamente a la vista, junto con una pequeña hoja de papel. Se acercó hacia el cuaderno, arrastró sus dedos por el cuero de la superficie de la cubierta.

Se dejó caer en el sofá y lo acogió entre sus manos. Repasó su lomo, el tacto de las hojas, pero no lo abrió. Le pareció que tenía entre sus manos algo irreversible, algo que una vez abriera, todo lo demás carecería de importancia. No le podía importar menos las represalias que podría tomar el señor Romano, pero le atormentaba la idea de que estas palabras escritas ahora ya con tinta seca acabaran por humedecer el pasado y volver a manchar su mente. Resultaba imposible ignorar que el poder de

las palabras siempre resultaba turbio al final. Asique volvió a dejar el cuaderno en la mesa.

Recorrió el pasillo y abrió el grifo de la bañera. Al fin y al cabo, él no tardaría en llegar. El rumor del agua al golpearse con fuerza hasta el fondo de la bañera le forzó a cerrar los ojos. Le dolía, pero procuraba curarse. Se deshizo de su ropa mientras se miraba en el espejo. ¿Era esto a lo que se reducía? Siempre se sorprendía aguardando el deseo de contemplar más, pero sólo se veía como lo que era: un reflejo inocuo.

Al meter el pie, sintió el primer estimulo de ardor deslizarse junto al dolor nada más con el primer roce. Penélope se rindió ante el hecho de que en las medidas adecuadas, y en un ambiente apacible y silencioso, el dolor resulta placentero durante unos segundos. Pero luego resultaba que no eran más que unos segundos traicioneros que apenas venían, se alejaban. Y no volvían. Pasaron diez, quizá quince minutos hasta que la puerta principal se abrió. Pero Penélope no se movió. Los pasos resonaron por el recibidor, por el pasillo, hasta que finalmente cedieron ante el baño. Tenía la puerta abierta, sabía que la estaba contemplando. Pero ella no abrió los ojos.

—Te dije que no vinieras.

Sólo abrió los ojos cuando Román se metió en la bañera aún con la ropa puesta y se acercó a ella para besarla. Pero cuando apenas le rozó los labios, ella se apartó. Ante su mirada confusa, Penélope sonrió y le tiró hacia ella.

— ¿Ese es el diario? — Román se estaba secando el pelo con la toalla en el recibidor cuando vio el cuaderno.

Penélope asintió sin darle importancia. Se había vestido con una simple camiseta de pico blanca y unas mayas negras. Román, por el contrario, se había puesto uno de los trajes que dejó allí la última vez que estuvo.

— ¿Puedo? — señaló hacia su dirección con la cabeza.

—No lo sé —dijo ella disfrutando de la situación—. ¿Te atreves?

Pero él parecía distraído. Y Penélope reconoció un curioso interés que nace desde el respeto más riguroso. Y sólo cuando Román se atrevió a coger aquel cuaderno lo tuvo claro. Él lo había intuido. Él también también tuvo el presentimiento de que este diario iba a cambiar las cosas. Lo que no estaba claro, era de qué manera iba a hacerlo. Cuando Román hizo

ademán de abrir el cuaderno, Penélope lo detuvo.

—Me reservo el derecho de admisión.

—Mañana va a leerlo mucha gente — replicó él.

—Pero hoy sólo lo voy a leer yo.

No se molestó, y si lo hizo, ella no se dio cuenta. Lo volvió a dejar donde estaba con recelo y se marchó alegando que el señor Romano le había encargado un artículo para mañana.

— ¿Sobre qué? — le había preguntado ella antes de despedirse.

—La igualdad de género y su prominente riesgo a causa del feminismo.

Ella se limitó a reír con sorna mientras pensó en otro título quizás más adecuado; *"Otra manera de eludir el problema que tienen los hombres cuando las mujeres nos defendemos"*

—No te enfades — dijo él dándole un beso en la mejilla—. Esto es por lo que no te lo han encargado a ti.

—No podría estar más de acuerdo.

Cuando al fin se quedó sola, se acercó a la cocina. Se llenó una copa del mejor vino que tenía y se sentó frente a la mesita. Observó dubitativa el libro. Dudó. Bebió un sorbo más para infundirse el valor que ahora relucía por su ausencia, y al hacerlo se detuvo en una de las fotografías de la estantería. Y sólo cuando despegó su mirada de ella, cogió el cuaderno y lo abrió por la primera página.

Querida Lula.

Capítulo 3

Capítulo segundo

Querida, Lula

No me resulta fácil decir que todo el mundo ama las historias. Es peligroso, sobre todo para cualquier ser humano, creer que nuestras vidas puedan tener sentido durante un par de minutos. Porque mientras unos insisten en amarlas durante el resto de sus vidas, a algunas personas simplemente les resulta demasiado doloroso llegar al final.

Todos amamos su principio, subestimando su final. Pero yo siempre he creído que una buena historia debe tener como mínimo un buen final. Quizá por eso el comienzo de esta pueda parecerte sacia y pueril, pues todo comienza con la idea de una pesadilla e irreparablemente, con la certeza de que todos nos hayamos visto entumecidos por esta. Extrañamente me resulta más fácil decir que durante años, algo mucho más volátil que mi cuerpo había estado sufriendo en silencio esas mismas pesadillas. Pero mientras todo el mundo las temía cuando se ponía el sol, mis miedos se prendían junto al frágil destello que interrumpía por mi ventana cada mañana. Recuerdo con recelo El Gordés, un pueblo particularmente hosco. O eso fue lo que acabamos creyendo todas las niñas que hicimos vida tras sus fronteras. Y por capricho del destino, mi apertura al mundo sucedió allí mismo, en un pequeño pueblo de Cáceres. A trescientos veinte metros sobre el nivel del mar. A cinco kilómetros de distancia del pueblo más cercano y con una población estimada de trescientos noventa y cinco habitantes. Sin embargo, los años se habían convertido en los responsables en hacerme ver que todos los lugares de este mundo no son más que inocentes escenarios corrompidos por la gracia de nuestros deseos. Una cárcel no tiene nada de malo cuando los grilletes no están ahí para no dejarte marchar. Y la verdad era que El Gordés no tenía nada de malo cuando las mujeres guardaban silencio y los hombres aguardaban en sus camas. Ahora mi memoria vaga perezosamente por todos los árboles. Por las casas viejas y pequeñas, extendidas por todo el pueblo. Las cinco tiendas; la carnicería, la panadería, la pescadería, la zapatería y la de costura. ¿O fueron siete? Y el pilón, siempre tan concurrido. Y nadie necesitaba más.

No me malinterpretes, nada de esto quiere decir que no amara a mi hogar por encima de todo. Pero sentía que aún me quedaba más espacio para amar otras cosas que en aquel momento, desconocía por completo. Y junto a ese sentimiento, tentaba todos los días la punta de los dedos del pie al mármol frio que cubría el suelo de mi habitación, para así reafirmarme de la impasible veracidad de mis pesadillas. Pero por cada día que pasaba, lo sentía menos frío. Apenas tenía siete años. Seguía siendo una cría en un mundo apenas abandonado por el fuego y las

armas, pero era como si el hecho de abrir los ojos siempre en el mismo lugar frenara con cólera todos los sentidos que sangraban silenciosamente en mi interior. Y en la mente de una chiquilla que nunca se sintió como una, reprimir me pareció la opción más adecuada. Desconozco si alguien compartía mi desdicha sorda en ese pueblo, pero de haber sido así ni si quiera me hubiera importado. Lo peor de la tristeza es que te envuelve en una burbuja egoísta.

Cuando me sorprendo a mí misma intentando recordar la vida entre las paredes libres de ese pueblo, irremediablemente me froto las rodillas. El dolor sordo de permanecer durante horas de rodillas sobre ese frío mármol resulta ser la grieta perfecta para colarme al recuerdo de aquella tarde en casa de la señora Santiago. Era una mujer rica y católica, y por ello completamente excluida de los pecados capitales del resto del pueblo. Las mujeres tenían como costumbre reunirse todas las tardes en su bonita sala de estar para bordar. Y como todo el mundo sabe, cuando se reúnen mujeres llenas de escasez y recuerdos de guerras en una misma habitación, las intenciones nunca resultan ser las más honestas. Charlaban, reían y soltaban veneno por todos los poros de su ser. Y a nadie le pareció mal, porque eran mujeres. Era lo que se esperaba de ellas. Mientras, las más pequeñas bordábamos en silencio en el suelo, bajo sus pies. Permitiéndonos en ciertos momentos echarles un rápido vistazo a sus caras, y acabar por preguntarnos en silencio: ¿Pudieron ser ellas alguna vez como yo?

Cuando la señora Santiago decidió aquella tarde que ya era suficiente, dio por comienzo a la lapidación de una nueva víctima.

—He oído que Felisa se va mañana mismo a la ciudad.

Mi hermana mayor, Pilar, se detuvo en su concienzudo bordado de golpe. Pero siguió sin despegar sus ojos de él.

— Dicen que su marido ha encontrado trabajo de carpintero en Sabadell.

— Todo el pueblo sabe porque se van con tantas prisas.

—Menudo escándalo…

—Nunca se sabe con quién se comparte una amistad…

—Claro que no.

—No tiene vergüenza.

Nunca supe por qué mi madre dejó de venir durante aquellas tardes a casa de la señora Santiago. Y aunque te resulte extraño, ni si quiera en ese momento lo tenía claro. Tan solo a Pilar, Fe y a mí nos habían

permitido bordar con el resto de las niñas. Madre hacía algún tiempo que había enfermado y siempre estaba guardando la cama. Pilar tenía once años, pero era quien más tiempo aguardaba junto a ella. Siempre pensé que era algo que tenían que hacer las hijas más mayores, una regla implícita que se le reserva a la primogénita. Por otro lado, yo apenas conocía a la mujer que siempre intentaba en vano coger fuerzas tras esa puerta. Fueron ellas, mis dos hermanas mayores las que siempre cubrieron todas mis molestias y necesidades. Pilar me daba de comer y se encargaba de asearme. Mi hermana Fe me enseñó a bordar y a coger la fruta madura del árbol. En el Gordés no había colegios, así que Fe fue la que me enseñó a ponerle palabras a las cosas que veía a mi alrededor y por las que sentía curiosidad.

— ¿El burro que ya no puede con el peso de Pedrito? — preguntaba yo.

—Vetusto— respondía ella.

— ¿Y el tumulto de gente que hay por la mañana cuando el hijo de Astensio va tan borracho que se equivoca de casa?

—Bochinche.

— ¿Y el hijo de Astensio?

—Botarate.

Yo intentaba aprovechar todo lo que ellas me ofrecían sin tan si quiera una gota de aborrecimiento ni aversión. Quizás fue por eso por lo que mi mano fue en busca de la de Pilar. Pero ella simplemente murmuró que siguiera bordando. Y así lo hice. Las mujeres no callaron, pero en aquel momento sus ruidos perdieron todo el interés para mis oídos. Observé con tanto detenimiento la pequeña paloma de mi bordado que por un momento sus alas se mecieron como las hojas de primavera lo hacen en el cielo. Y luego, echó el vuelo sobre el fondo virgen, volando sin temer el movimiento de sus alas mientras se acercaba al margen. Sin ningún miedo, sin ningún vacile, voló fuera del bordado entre todas las demás niñas concentradas y silenciosas. Nadie reparaba en esa paloma, Lula. ¿Por qué, entonces, solo la vi yo huir por la ventana?

Regresamos a casa poco después. Aún puedo sentir la fuerza con la que Fe me agarraba la mano. Pero no me molestó, porque todas sabíamos que esa iba a ser la última vez que anduviéramos esos mismos pasos. Padre sólo dijo que nos marchábamos para que madre se recuperara. ¿Cómo no iba a echarle la culpa una niña al pueblo en el que vivía? Mantenía el silencio a raya, pero no la felicidad. Todo lo que verdadermente ansiaba esa niña, era que llegara la hora de andar otros pasos nuevos.

Cenamos en cuanto Luis regresó. Se había despedido de sus amigos durante toda la tarde. Para él también fue una sorpresa ver a madre durante la cena. En el fondo, era inevitable que nos resultara una desconocida durante las escasas veces que la encontrábamos fuera de las sabanas. Apenas miró hacia mi dirección, quizá por eso no pude apartar la mirada de ella. Tenía los ojos rojos y hundidos. Y bajo estos, unas bolsas oscuras de cansancio. "Cuando el alma de las personas enferma también enferma su cuerpo" me susurró padre más tarde, en la escalera de piedra del patio junto a la tranquilidad de la noche. Qué injusto me pareció condenar al cuerpo a la misma fortuna que el alma.

Cenamos compartiendo un silencio que se marchitaba poco a poco sobre nosotros, tan sólo se disipaba cuando padre hablaba. Tal era su magia, que convertía algo tan pesado como el silencio en algo completamente ajeno a las leyes de gravedad. Bromeó acerca del aliento del señor Alfonso, hizo algunas gracias sobre Pepe y Manolo cuando controlaban el ganado sin saber cuántas ovejas tenían realmente. Recuerdo ese sonido débil, que aún después de tanto tiempo, guardo con recelo. Las carcajadas de Luís, las risas tímidas de Pilar y la gracia con la que reía Fe. Déjame decirte, pequeña Lula, que en la vida sólo llegas a conservar ciertos sonidos de los que apenas recuerdas el por qué o el cómo, pero de alguna manera lo haces. Los almacenas sin si quiera saber en ese momento que te van a acompañar de por vida. Ojalá madre también guardase los sonidos de esa última cena. Aunque ella pareciese estar muy lejos de allí.

Cuando Fe me acostó en la cama y todas nos encontrábamos sumergidas bajo las sabanas, me pareció oír algo tras la ventana. Bien podría haberse tratado de las voces de cualquier persona que cruzara la calle o los murmullos de la noche viéndose arrastrados por el viento. Pero no fue así. Aquella noche, en medio de toda aquella oscuridad, se desató el ruido estrepitoso de mil cristales hacerse añicos. No hay ruido peor que el que se escucha cuando algo se rompe para siempre, Lula. Y desgraciadamente, esos ruidos tampoco nos abandonan nunca. No puedo decirte con claridad qué pasó después de escuchar los gritos de Fe y los pasos precipitados de padre recorrer el pasillo. Simplemente me detuve a observar la piedra que habían lanzado contra nuestra ventana. Una piedra grande, con una enorme P pintada de color rojo. No dormí en toda la noche. Con la ventana rota, la noche dejó caer toda su ira helada sobre nosotras y entre las capas del silencio solo podíamos tiritar.

Sin embargo, nadie pudo arrebatarme la sensación de tener frente a mí una hoja en blanco, y en mí mano derecha la pluma cargada, rebosada de tinta. Una sensación que avivé lo suficiente como para que sus cenizas bramaran dispersas en mí. Sólo ahora tengo la certeza, de que esa sensación no era otra cosa menos que la emoción de querer sentir, de querer ver y descubrir. De querer vivir. Y como el vaivén de las cenizas, me moví con prisa. En cuanto se oyó el primero gallo, cogí la vieja maleta

y guardé en ella mis pequeñas pertenencias; un vestido bonito, tres camisas y dos faldas. Luego coloqué con cuidado mi par de zapatos, sobre todo los de domingo. Y mientras Fe y Pilar hacían espacio en mí misma maleta, me despedí a mi modo y carácter. Me escabullí fuera, donde el sol pudiera tocar mi piel deliberadamente y no a través de la ventana. Respiré hondo, disfrutando del aire que nunca permití que se recreara antes en mis pulmones. Marqué mis propias reglas, así como nunca dejé que el pueblo me marcara las suyas. Y solo cuando por fin abrí los ojos, reparé en algo. Una niña con un libro. Aquí nadie sabía leer, ¿qué utilidad podía sacar esa niña de un libro? Estaba de espaldas a mí, caminando con paso tranquilo sin levantar la vista de las páginas. ¿Qué estaba leyendo? ¿Por qué leía? Y sin darme cuenta, empecé a seguirla. Sin pensar en ello, sin ni siquiera esclarecer ese pensamiento en mi cabeza, seguí su camino a través de sus pasos, mientras ella seguía marcando su calzada a ciegas, ocultando su rostro tras ese libro. Chocábamos con la misma gente, tropezábamos con las mismas piedras. Pero ella estaba en otro mundo a miles de quilómetros de distancia. Ella leía, y yo tan solo la contemplaba hacerlo. La seguí hasta que la escuché. La había escuchado pocas veces a lo largo de mi vida, pero su voz se abrió en mí como una ola que no ves llegar pero que arrasa con todo a su paso. Así que me detuve y busqué a madre entre la gente. No fue tarea ardua, pues la gente ya se había replegado a su alrededor. Madre estaba frente a la casona de los señores Buenavista. Observándola con un semblante serio y rígido. Y solo cuando me atreví a acercarme, escuché de sus labios el murmuro de una palabra: Mi bebé. Mi bebé. Mi bebé. Mi bebé.

— ¡Niagusta!— gritó Pilar desde alguna parte. Pero, algo me dijo que no iba dedicado a mí.

—Vuelve a casa, Niagusta. — Volvió a decir. Y después, suavizó su expresión cuando se acercó a madre. —. Madre, debemos irnos. El autobús no tardará en llegar.

—Mi bebé. Mi bebé. Mi bebé.

—Padre nos está esperando. Iremos a un sitio más bonito, verá.

Madre por fin despegó los ojos de la casona, pero no alcancé a escuchar su respuesta. Alguien me tiró con fuerza del brazo, y me arrastró de vuelta.

— ¿Pero en qué pensabas? — fue lo único que me dijo Fe.

No sabía si padre estaba al corriente, pero recuerdo que esperamos a Pilar y a madre un buen rato. Poco después nos dirigimos a la parada de autobús en silencio. Y cuando por fin llegó y nos deshicimos del equipaje,

rompí ese silencio dirigiéndome exlusivamente a Fe.

— ¿Cuándo algo le impide a una persona moverse frente una casona?

Ella me miró confundida durante un momento, pero en seguida lo entendió.

—Zozobra.

— ¿El señor Buenaorden?

—Galán.

— ¿Y madre?

Dudó lo que parecieron minutos larguísimos antes de decir la palabra que iba a empezar a escribir el final de esta historia:

—Mujer.

Capítulo 4

Capítulo tercero

Parecía que la oficina se había tapizado con la fragancia melancólica de un aroma tranquilo, pero Penélope Gresco sabía que tan solo se trataba del famoso olor salado del mar en calma antes de que la primera ola irrumpiera en la orilla más cercana. Sin embargo, era una tormenta necesaria. A veces, pensó, es necesario mover, arrancar y zarandear las profundidades de los mares para que se escuche su inmensa voz. Y Penélope tenía mil voces que hacer sonar. Lo había traído consigo, bajo el brazo. Se decía que era para no arriesgarse a perderlo, pero ella sabía mejor que nadie que quería mantenerlo cerca, muy cerca. Casi como una segunda piel. Casi como si pudiera escuchar el vaivén de sus pensamientos. Recordó cómo ese calambre se había enroscado casi con la urgencia de un baile por cada una de sus células al empezar a leerlo y como ese mismo calambre finalmente se había desenfocado lo suficiente como para acabar convirtiéndose en un estremecimiento borroso e incierto. Pero lo que aún no había llegado a comprender estando allí sentada, frente a su ordenador, era el fraudulento origen de esa sensación traicionera que se había acabado arrastrando hacía su interior. Trabajaba como becaria en un periódico desde hacía un año y medio. Donde cada día se escribían y publicaban centenares de noticias y reportajes que ponían a prueba a cualquier tipo de cordura humana. Entonces, ¿por qué esto le era diferente a todo?

—Gresco — las olas crecientes abordando la proa del barco empezaron con esas mismas palabras— A mi despacho. Ya.

—Sí, señor.

No se sorprendió al ver a Román junto a la ventana, ya en el despacho. Tenía los brazos cruzados y se tocaba la barbilla como siempre hacía cuando estaba nervioso. Estaba convencida de que iba a aprovechar la situación para reclamar el papel del héroe mártir que lucha en vano por la virtud de la protagonista tonta e ingenua que acaba enrevesando la historia. Mientras él la miraba de reojo, ella centró toda su atención en el señor Romano.

— ¿Qué tal estás esta bonita mañana, Gresco?

—Bien, señor.

Arrastró sus cejas hacia una altura desorbitada antes de insistir.

— ¿Ya está? ¿Es que no me vas a preguntar nada más?

—Prefiero que sea rápido, señor.

—Pregúntamelo.

— ¿Cómo está esta…? — Resopló imitando su gesto.

—Fatal. Jodido. Muy mal — dijo atropelladamente interrumpiéndola —. ¿Quieres saber por qué?

—Creo que puedo hacerme una idea.

— ¡Porque ayer una niñata se fue a la cama convencida de que ahora es la puta redactora jefe!

—Eso no fue así.

—Fuera — se limitó a decir él—. Vete. Recoge tus cosas y vete. ¡Largo de mi periódico!

Penélope se le quedó mirando como alguien a quien observa a un mago hacer un truco casi imposible. Y casi sin querer, le dedicó una mirada a Román. Una cómplice o quizá más bien solicita, aunque en realidad no importaba. Él volvió la vista hacia sus pies, avergonzado. Pero ella no se extrañó con el gesto de su compañero. Quizá fue ese pellizco en el pecho lo que verdaderamente le molestó. Abrió la boca con intención de hablar, pero en el ultimo segundo prefirió callar y dirigirse hacia la puerta. La abrió con tal ímpetu que el golpe que recibió al chocar con la pared resonó por toda la oficina, algo que detuvo el barullo habitual de toda la planta. Recorrió la sala hasta el pequeño cubículo de Juan, el encargado de las estadísticas, quién la vio venir con la elegancia de un tornado.

—Necesito las estadísticas de impacto de este último número.

Juan trago con dificultad. La miró, y luego volvió a mirar al despacho del señor Romano.

—Juan, uno, dos. Teclea las malditas teclas y dame algo porque como tenga que cogerlo yo, te prometo que no voy a ser tan amable — Juan acabó por imprimir los papeles que necesitaba en menos de tres minutos.

—Pero Penn, estos son sólo los números de estos diez minutos…

Les echó un rápido vistazo antes de volverse sobre sus talones y dirigirse al despacho de nuevo. Cuando volvió a entrar, el señor Romano estaba hablando por teléfono. Dejó los papeles sobre su mesa, propiciándoles un golpe seco. Este le dedicó una mirada que echaba chispas aún con el

teléfono en la oreja.

—No soy la redactora jefa de contenidos, pero con estos números no creo que tarden mucho en pedírmelo.

—Penn…— intervino Román.

—Esto no va contigo. De hecho, ni si quiera sé que haces aquí.

—Por supuesto, señor — continuo por teléfono el señor Romano. No era difícil suponer quien estaba al otro lado del teléfono. Eran pocas las veces que mostraba cortesía hacia trabajadores de menor rango—. Se habrá tratado de un error. Disculpe las molestias —. Colgó y cogió los papeles entornando los ojos.

—El impacto de audiencia que ha tenido este número ha triplicado a todos los anteriores números de este periódico. Y creo que no hace falta que le recuerde…

—Que ha salido hace diez minutos —intervino —. Ya lo veo.

El señor Romano se rascó la barbilla, acorralado.

—A la gente le gusta porque es algo real y autentico. Y tan solo hemos publicado la primera parte. Imagínese lo que conseguiríamos si todo saliera a la luz.

El señor Romano la miró durante lo que parecieron minutos eternos antes de volver a arrastrar la vista hacia los papeles. Era innegable el revuelo que había generado ese artículo, sería algo realmente estúpido que volviera a darle luz roja y a echarla a patadas de esa oficina. Pero el señor Romano no era conocido por ser una persona especialmente profesional, su frenético carácter reinaba sobre su juicio, lo que le convertía en un redactor jefe espantoso para cualquier diario. Sin embargo, tenía el poder de volver a echarla y si lo hacía, difícilmente volvería a tener la oportunidad de publicar la historia de Nita en cualquier otro diario de la zona.

—El jefe lo ha leído.

Penélope guardó silencio esperando a que continuara.

—Puedes seguir con el artículo —claudicó al fin.

Toda la tensión que hacía tan solo un segundo había golpeado con fuerza todos los rincones de su cuerpo, se disipó con la fuerza suave con la que

el mar vuelve a su calma justo después de su tormenta.

—Pero tendrás que buscar pruebas, Gresco —empezó a decir el señor Romano ocupando su asiento tras la mesa —. El cuaderno está bien, como entretenimiento para la plebe de ahí fuera. Pero este periódico necesita más. Yo necesito más. Asique tráeme más—. Volvió a ojear los papeles —. Hablo enserio. Sin información sólida que lo sostenga esta historieta no tendrá validez alguna contra todos los abogados de los De la Calle.

—Lo haré.

—Por supuesto — resopló exhausto—. Román te ayudará.

— ¿Perdón?

—Algo vas a tener qué hacer—replicó el señor Romano sin levantar la vista de los papeles—. Tus artículos no son lo suficientemente buenos como para que puedas sernos de utilidad aquí.

Esta vez ni si quiera la vanidad por el que él hacía pasar su autoestima le salvó a del ruborizo público, pero Penélope sabía perfectamente que su vergüenza no había sido la única en relucir en aquel despacho. Porque cuando alguien cuestiona el talento de un hombre, este enseguida se ve apoyado. A los demás no les tiembla el pulso al abrirse en debate por defender la verdad mediante argumentos irrebatibles, mientras echan mano a palabras grandilocuentes como “injusticia” o “subestimación”. Opiniones que difieren a gran escala cuando la que se encuentra cuestionada no es uno más, sino una mujer. Ni si quiera la gran quimera de los criterios de justicia generales, pensó Penélope, se salvan de la condena de los prejuicios del género. Pero esto había sido diferente. Por primera vez dentro en el interior de un despacho la moneda había caído mostrando “cruz”, y enseguida sus propias reglas se habían convertido en nudos alrededor de las muñecas de Román. Quizá por eso no hizo ademán de defenderse ante su comentario. Quizá por eso tan solo respondió con un gesto impasible. Pero Penélope tomó aquella tensión silenciosa, aunque densa que se había apoderado del despacho como el pistolazo de salida.

—Con su permiso, señor.

—Gresco — la llamó cuando ya estaba en el umbral de la puerta—. Jamás vuelvas a hacer algo así sin consultármelo. O no habrá vuelta atrás.

Al cruzar el umbral sintió como Román la seguía a pocos pasos tras ella, como un espectro resignado a tropezarse al caminar con el rabo entre las piernas.

—Cualquiera diría que te han afectado sus palabras.

—No me apetece hablar de esto contigo— se relamió la herida mientras recogía su bolso del suelo del cubículo—. ¿A dónde vas?

—Querrás decir a dónde vamos — se detuvo frente a él. Disimulando el poder de cada palabra —. Porque por si no lo has escuchado, algo que por tu evidente buen humor sé que no es así, eres con efecto inmediato mi nuevo Watson. Así que date prisa, quiero llegar a la editorial Montecristo cuanto antes.

—No, que va — se detuvo frente a mí— ¿Acabas de desafiarles en dos hojas de articulo y ahora pretendes ir a hacerles una visita?

—A ellos no, a su millonaria biblioteca. Necesitamos información, ¿y qué mejor lugar para saber un poco más de su gran imperio que donde guardan todos sus libros?

Él estaba convencido de que Penélope se estaba dejando llevar por la excitación del momento. Sin embargo, no pudo hacer otra cosa más que poner los ojos en blanco y resignar sus intenciones para doblegarse a las suyas, y seguirla hasta el ascensor. Acompañados de todos los pares de ojos de la oficina siguiéndolos de forma mal disimulada, bajaron sumergidos en una especie de esos silencios cómodos. ¿Realmente no le había gustado el articulo? ¿O lo que no soportaba era que Penélope fuera ahora la propietaria legítima de ese cuaderno y la que llevara las riendas en el asunto? Recordó la manera en que había observado el cuaderno en su casa.

Una vez estuvieran fuera del edificio, Román paró al primer taxi. Penélope le dio la dirección hasta la editorial. Pero justo en el momento en el que se replegó hacia el extremo opuesto de la ventanilla, el móvil le sonó con un mensaje.

—Hay algo que no entiendo.

—Qué inaudito — contestó ella sin apartar la vista del mensaje.

—Nita — continúo él, ignorándola por completo —. Y esa paloma mágica sin sentido que cobra vida y sale volando del bordado. Si todo lo que cuenta son hechos verídicos e incontrastables, ¿qué sentido tiene?

—Oh, dios mío — sonrío incipientemente —. No has entendido nada.

Román alzó las cejas invitándola a que se explicara.

—Ella no pretende contarte unos hechos. Ni si quiera pretende contarte lo qué pasó de verdad, eso ya puedes imaginártelo tú solo. Ella está

narrando una historia — respondió—. Y como cualquier buen autor, juega con las palabras, como si lo que importara fuera contar lo que realmente importa. La paloma, la niña que encuentra leyendo frente a su casa… No es más que una alegoría.

— ¿Una alegoría? —río— ¿Hacia qué?

—Hacia lo que sentía, Román. Las personas somos irremediablemente complicadas porque nuestra irremediable simpleza interviene en todo. En nuestros pensamientos, en nuestros sentimientos…, por eso todo acaba siendo tan difícil. Puede parecer que a veces compartimos esa carga, pero no es más que una ilusión. Y por eso mismo, resulta casi imposible describirlos con las mismas palabras. A veces se necesita una partitura ordenada o todas las aristas de un lienzo en blanco. Y ella ha encontrado otra manera de hacerlo.

Román la miró como solía hacerlo cuando no se daba cuenta. Justo cuando hablaba con esa luz proyectada en el interior de sus ojos, todo lo que podía hacer era contemplarla desde una lejanía imperturbable. La mayor parte del tiempo creía estar viéndola desde la otra punta del continente, alejada en una pequeña y recóndita isla en el medio del mar. Y la otra mitad, apenas podía mirarla sin la exigencia de un mero roce que confirmara que estaba justo a su lado. Ni la espectrofotometría más precisa sería capaz determinar la luz que ella se empeñaba en retener y que sin remedio alguno esta misma claudicaba a su merced oscureciéndola por completo. Román lo sentía. La quería. Pero nunca resultaba ser amor. Porque al final del día querer a Penélope se convertía en algo peligroso.

—Pareces muy metida en la historia.

Penélope se encogió de hombros.

—Es mi trabajo.

—Bueno, eso es decir demasiado, ¿no crees? Aún ni si quiera eres periodista — Penélope chasqueó la lengua y apartó su mirada hacia la ventanilla— ¿Qué? Fuiste tú la que dijo que quizá dejaba la carrera. Tu sueño era escribir y aventurarte en el mundo editorial.

Ella le advirtió, mientras se aferraba al silencio. Pero Román no quiso verse sometido bajo ese aviso.

—No me mires así. Al final elegiste bien. Ser escritor siempre ha sido algo muy engañoso.

—Catalina la Grande.

— ¿Qué le pasa? — frunció el ceño ante el giro inesperado de la conversación.

—Emperatriz de Rusia durante treinta cuatro años. Responsable de la ampliación de las fronteras del imperio ruso absorbiendo Crimea, Bielorrusia, Ucrania, Lituania y parte de Letonia.

—¿Y?

—Y famosa por ser una mujer que disfrutaba abiertamente de los placeres sexuales del que gozaban todos los hombres, desde panaderos hasta reyes — continúo implacable —. Es decir, por ser una guarra. Pero supongo que llevar a la gloria a todo un imperio para una mujer debe ser algo más bien extracurricular.

Román no pudo evitar sentirse molesto ante la sutil acusación de su compañera. Había sido rastrero, incluso para ella. Él solo trataba de ayudarla. ¿Por qué se empeñaba en no verlo?

—La famosa Penélope Gresco señores — dijo con un sobreactuado victimismo mientras se llevaba las manos al pecho—. Impecable una vez más contra un comentario muy misógino por parte de un compañero que no ha hecho más que apoyarla a lo largo de su carrera. ¡Pero por favor, que alguien llame a recursos humanos!

—No es culpa tuya, Román. Como ya he dicho, las personas hacemos cosas complicadas.

— Supongo que tú quedas excluida de tales mundanas cualidades.

Penélope le sonrió. Esa era una respuesta que ambos ya conocían y que a ninguno de los dos le apeteció discutir en ese momento.

Pasaron los cinco minutos restantes en silencio, mirando cada uno por su propia ventanilla. Sin embargo, ambos pasaron el tiempo recorriendo cada milímetro de las cenizas que el mismo fantasma de Nita Rodriguez había logrado levantar. Aunque al final, la idea que se habían formado cada uno, no era otra cosa más que la evidencia resolutiva entre ambos mundos.

Después de que Penélope pagará al taxista, se aventuraron entre la gran corriente de gente que iba y venía. “La gente que siempre tiene prisa. Otra especie. ” oyó la voz de su madre casi sin querer. Pasaron desapercibidos al entrar a la editorial gracias al vaivén de las personas concurriendo la entrada; sonrisas y caras largas. Aunque todo se podía reducir al olor contenido y perenne de las páginas. El grácil sonido de los folios al desplazarse. A Penélope le fascinaba este mundo y ni si quiera se

preocupó en disimularlo. Román tenía razón en una cosa. Ella misma se había negado la entrada al templo, pero lo seguiría adorando durante el resto de sus días.

Román le colocó su mano en la espalda, dirigiéndola hacia las escaleras. Cruzaron el elegante mármol de baldosas blancas y negras hasta una puerta acristalada al fondo, donde la custodiaba un guardia de seguridad. Les dejó pasar para acceder al mostrador, donde tras él había un hombre de mediana edad y de pelo largo recogido con una simple coleta. Su barba de tres días le daba ese aspecto que suelen tener los bibliotecarios bohemios que sueñan con ser autores bestseller pero que sus grandilocuentes mentes les impiden escribir sus obras a máquina. Apenas levantó la vista de su café doble y su montón de papeles. Les hizo rellenar una exigente ficha y luego les cedió sus credenciales.

—Cuánta seguridad — observó.

—Espera a qué se enteren de que les has declarado la guerra hace cuarenta minutos.

Román fue a preguntar por los libros autobiográficos y las crónicas de la editorial. Él siempre resultaba más sutil. Mientras, ella permaneció ahí, en el centro de la enorme biblioteca. La luz tenue del sol se colaba por la gran cúpula acristalada del techo de estilo barroco. Su fulgor blanco y pulcro acariciaba el suelo con la delicadeza de una pincelada, dejando a su paso pequeñas motas de polvo tan solo visibles al fluir sobre ella. Todo el conjunto transmitía un ambiente cálido, pacífico y ceremonioso. Si existía algo parecido después de la vida, el lugar tenía que ser este para Penélope Gresco.

Los zapatos caros de Román al rechinar sobre el suelo la sacaron de su ensoñación. Después de que este le indicara que lo siguiera, recorrieron los pasillos hasta llegar a la estantería del ala oeste. La más alejada, y la más pequeña.

—Bien, manos a la obra — concluyó.

Penélope no pudo evitar arquear una ceja ante su espontanea actitud resolutiva. Nadie podía culparla. Que dudara de sus intenciones tras esa sonrisa era un hecho más que comprensible. Conocía a Román desde el primer año de universidad, y sabía que podía ser orgulloso y egocéntrico, y aunque no ponía las manos en el fuego por él, de alguna manera sabía que sus intenciones ahora mismo estaban siendo sinceras. Ya se vería como evolucionarían estas.

Emprendió su búsqueda en la estantería de arriba, mientras Román lo hacía en la de abajo. Tras media hora, Penélope encontró autobiografías de la familia De la Calle y un par de ensayos de Roberto De la Calle sobre

la feminidad y el papel de la mujer en el arte de la escritura. En ellos encontró símbolos que homenajeaban la libertad de la mujer y su peculiar rebeldía intrínseca. Nada que no esperase encontrar, pues la Editorial Montecristo era reconocida por ser la pionera en publicar relatos y manuscritos escritos por mujeres y para mujeres. Todo un logro entre las ideologías que corrían por 1976. Resopló. En su intento desesperado por no darse por vencida, bajó la mirada hasta Román, quien leía muy concentrado un libro sobre el papel de la mujer en la historia. Román siempre fue un chico guapo, pensó entonces. Aunque nunca fue de esa clase de personas guapas que tienen un sequito de admiradoras adorando el suelo por el que pisa, seguía teniendo esos pequeños defectos que te forzaban a claudicar ante su atractivo. Su pelo corto y negro junto con sus gafas de pasta marrones y su barba de tres días le concedían esa privilegiada etiqueta de escritor serio y dedicado que con tanto ímpetu se esforzaba por aparentar. Desde que le conocía, siempre le había visto con camisas lisas. De ese modo, ella era una de las pocas personas en este mundo que sabía que tenía un pequeño tatuaje en el hombro izquierdo. Un pequeño planeta pintado con tinta negra que orbitaba sutilmente en medio de su clavícula.

—No te veo muy convencido — recordó que le dijo cuando ya estaba tirado sobre la camilla del dudoso local de tatuajes. Estaban en algún callejón poco concurrido entre las calles de Barcelona. Amanecía, acababan de venir de Soho. A Román nunca le gustaron mucho las discotecas, no tenía ningún afán en general por la vida nocturna, pero las pocas veces que se decidía a venir acababa bebiéndose hasta el agua de los floreros. Después se animaba y nadie conseguía bajarlo de las tarimas —. Román, no tienes que demostrarme nada.

Pero Román simplemente sonrió, echó sus gafas de pasta negras hacia un lado, se quitó la camisa de un tirón, desparramando los botones por todo el suelo, y dijo:

—Te quiero llevar así. Bajo la piel.

—Ya verás que gracia te va a hacer mañana encontrar tu camisa sin botones.

—Solo a Penélope Gresco se le ocurre preocuparse por mi camisa cuando le acabo de hacer una declaración de amor.

Y así fue cómo sin importarle su miedo a las agujas y su aversión por los tatuajes, se tatuó el pequeño esbozo de un planeta en referencia a su libro preferido: El principito. A Penélope se le dibujó una sonrisa al recordar como él solía recordarle que le gustaba tanto ese libro porque ella le recordaba a uno de esos planetas extraños e inalcanzables.

“Si tan solo tuviésemos suficiente vivir de esos recuerdos que nos hacen sonreír” acabó por enterrar así su sonrisa.

—Esto es inútil — resopló sin apartar la vista del libro —. Aquí no vamos a encontrar nada. ¿Por qué no buscamos a esa tal Lula?

Ella seguía de espaldas, sin quitarle los ojos de encima a la enorme estantería.

— ¿Y qué te hace pensar que es alguien relevante en esta historia?

— ¿No se dirige a ella en sus páginas? — inquirió él—. Di por hecho que se trataba de su hija. Ya sabes… una tensa relación, un “lárgate de mi vista y no vuelvas” y una muy mala comunicación entre ellas durante el resto de sus vidas.

—Es probable. Pero aun tratándose de su hija, no sabemos nada más que un nombre.

—Pero es uno muy peculiar ¿Quién demonios le pone a su hija Lula? — continúo Román cerrando de golpe el libro y volviendo a colocarlo en su polvorienta estantería —. Eso debería ser una premisa de que la relación materno filial no va ir muy bien encaminada.

—Te entiendo— Penélope arrugó el ceño al distinguir al diligente policía de seguridad abrirse paso silenciosamente entre los pasillos — Comparto nombre con la actriz favorita de Almodóvar y con el título de una película infantil protagonizada por Nina Ricci. Ahora podre dormir tranquila sabiendo que no fui la única culpable de la pésima relación que tuve con mi madre.

Siguió recorriendo con la mirada el tranquilo paso del policía, quien se acercaba cada vez más concienzudo hacia ellos.

—Penn, lo siento…

—Recoge tus cosas, algo me dice que nuestra suerte ha cambiado—. En ese momento, policía se detuvo detrás suyo pidiendo sus credenciales.

—Román Torres. Estudiante en prácticas en el periódico El Ahora. ¿Correcto?

— Y Penélope Gresco. — se colocó frente a él de un salto —. La que manda de los dos. ¿Hay algún problema?

—Penélope Gresco — repitió con las cejas enarcadas y asintiendo levemente. A ambos les resultó extraño, fue como si de algún modo

estuviera confirmando algo —. ¿Pueden acompañarme, por favor?

Ella se encogió de hombros antes de que el policía echara a andar, pero a Román no le acabó de convencer la idea de caminar a ciegas tras un desconocido con uniforme.

—Nos han descubierto — le murmuró cuando salieron de la enorme biblioteca y empezaron a esperar el ascensor —. Se han dado cuenta de que la persona que les ha llamado impostores y misóginos hace tan solo dos horas está de excursión entre sus instalaciones esperando encontrar sus trapos sucios.

—Bueno, no creo que nos haya venido a buscar para tomar café y pastas.

—Miente.

—Venir con corbata a trabajar no te hace parecer el padrino de un bautizo.

— ¿Qué? — farfulló cuando las puertas del ascensor se abrieron—. No tiene gracia. Ya sabes a qué me refiero. Cuando estemos frente a su larga mesa de abogados y nos hagan un tercer grado diles que ha sido un error. Y que lo retirarás todo en cuanto llegues al periódico.

—No voy a hacer tal cosa.

—No tienes que hacerlo, esa es la gracia de mentir, solo dilo — El policía los miró con escepticismo. No podía oír ni una palabra debido a la arraigada técnica de murmuración de Román, pero su rostro no resultaba tan complejo de leer —. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—No.

—Ya te digo yo que sí.

—Si se te cruza por la mente hablar por mí, me asegurare de que el señor Romano se entere de que has entorpecido la investigación por culpa de tus delirios persecutorios.

— Pero ¿qué dices? — alzó la voz. Ahora no le importaba que le escucharan—. Si tengo la culpa de algo es de querer protegerte. ¡No quiero que te pase nada! Te machacarán, te dejarán sin nada y luego no tendrás cómo volver a empezar ¿Por qué no entiendes que no estás preparada para algo así?

—Porque nunca se me ha dado bien seguir tus consejos. Quizá por eso

ahora soy yo la que está al mando.

Román resopló exasperado al mismo tiempo que se apoyó sin delicadeza en la pared del ascensor. Había sido consciente de cada una de sus murallas desde el primer día en que la miró a los ojos. Toda la impotencia, toda la rabia que ahora sentía no era más que un fiel reflejo de lo que él ya contempló una vez. Quizá por eso, siempre acaba repitiéndose la misma pregunta: "¿Era culpa suya, o sólo mía"?

Cuando llegaron a la planta veintidós, Román caminó tras ellos guardando el silencio particular que se reserva un prisionero camino a su ejecución. Penélope, por otro lado, mantuvo bajo raya sus emociones nerviosas con la determinación con la que las agujas de sus tacones resonaban contra el suelo.

El guardia de seguridad les condujo por lo que les pareció todos los pasillos de esa enorme oficina, esquivando a ojos curiosos y dando la espalda a conversaciones dudosas. A Penélope no le pasó desapercibida la mirada de alguno de ellos. Algunas se semejaban peligrosamente a la cautela de un asombro codiciado, como si supieran perfectamente quién era y qué iba a pasar. Se detuvieron de golpe frente a la puerta de un despacho. Y cuando la joven recepcionista le indicó un leve geste de cabeza, el guardia les instó a entrar. Fue Román quien llamó a la puerta. Pero fue Penélope quien acabó por abrirla.

Fueron muchas las ideas que se pasaron por su cabeza antes de entrar en el despacho. Un par de segundos bastaron para que Penélope divagase entre los rincones de su imaginación. Trajes negros. Caras largas. Leyes larguísimas que vulneraban todos los derechos de la empresa seria y solícita. Quizá hasta miradas burlonas al comprobar que había sido una mujer la responsable de haberlos reunido un sábado por la mañana.

Pero cuando al abrir la puerta tan solo vio una figura de pelo rizado y alborotado tras una infinita mesa de madera, se detuvo unos segundos para poder confirmar la vacuidad de la enrome habitación. Fue Román quien la instó a avanzar algo confundido, volviendo a poner la mano sobre su espalda. Mientras aquel chico tras la mesa, quien Penélope concluyó que no debía tener más edad que ella, mantenía toda su atención en el diario que tan concienzudamente leía. Fueron varios los segundos que acabaron por convertirse en minutos, en los que el silencio seguía siendo el principal anfitrión en el despacho. El reloj colgado en la pared se encargó de sellarlo mientras el muchacho de pelo rizado continuaba leyendo, y ellos aguardaban de pie, mirándolo.

Ambos creyeron que tal vez este silencio se trataba de una invitación sorda a tomar asiento. Pero Penélope rehusó esa idea. La habían traído hasta aquí casi a la fuerza, sentarse frente a él le suponía rendirle la pleitesía que no estaba dispuesta a cederle. Román, por otro lado, sentía

que cualquier cosa que hiciera por muy simple que resultara, estaría fuera de lugar. Así que ambos permanecieron ahí de pie unos segundos más, hasta que el chico dejó caer de golpe el diario sobre su mesa.

—A esto le llamo yo toda una declaración de intenciones.

—Señor De la Calle, si deja que se lo explique… — comenzó a decir un acelerado Román.

Penélope se tensó.

— ¿Señor De la Calle? — repitió ella atónita.

—Ausente —alzó la mano como si alguien estuviera pasando lista —. Me temo que el verdadero señor De la Calle está enfermo y es mi abuelo. Aunque no necesariamente en ese orden. De todas maneras, siempre he preferido que me llamen Thomas.

—No sabía que tuviera un nieto.

—Penn…. — le avisó Román.

—Y los diestros viven nueve años más que los zurdos. Ahora ya son dos cosas que antes no sabía — se encogió de hombros mientras se acomodaba en la butaca. —Aunque algo me dice que no se siente especialmente satisfecha por ello. ¿No será zurda?

— ¿Se está riendo de nosotros, señor de la Calle?

— Que dios me libre de insultar a un periodista— Rodeó su mesa hasta sentarse en el borde—. Siendo completamente sincero, en realidad la admiro, Penélope.

— ¿Y cree que eso le da derecho a tutearme?

— Penélope, creo que deberías calmarte — intervino Román colocándose a su lado, un gesto que no le pasó por alto su rechazo. — Discúlpanos, Thomas. Hemos venido nosotros y…

—Y las disculpas no son necesarias. Al igual que los apellidos, nunca me han gustado. — hizo un gesto con la mano restándole importancia—. Pero entiendo el carácter de la situación que nos reúne, así que supongo que puedo adaptarme. Pero volviendo al tema de las disculpas, insisto en que no creo que sean necesarias. Y menos aún las suyas, señorita Gresco. Después de esta sección me considero todo un férreo admirador. ¡Menuda maravilla!

—En realidad, ella tan solo lo ha publicado — intervino Román, crispando los nervios de una imperturbable Penélope. —La historia es tan solo la citación de un cuaderno escrito por una señora que…

—Nita Rodríguez — se dirigió ahora a su compañero —. Estoy segura de que no lo has olvidado.

Thomas desvío su mirada para clavarla en aquel chico de traje oscuro, barba incipiente y gafas de pasta que seguía fiel junto a la firme figura de su compañera.

—El ayudante, deduzco.

—Román Torres — se apresuró a estrecharle la mano con frenesí—. Soy su compañero en la sección. Un verdadero placer, señor De la Calle.

—Ayudante — le corrigió ella —. No te vengas arriba. Y ahora que todos somos buenos amigos, me gustaría saber qué estamos haciendo aquí.

—Cierto. Al grano. — Dio un pequeño golpe en la mesa, antes de continuar— Siento que os hayan molestado. Simplemente me han avisado de que dos trabajadores del periódico El Ahora habían solicitado el acceso a nuestra modesta biblioteca y me pareció de lo más cordial saludaros — Volvió tras su mesa—. Además, tratándose una de ellas de la periodista que ha acusado hace tan solo unas horas a mi abuelo de fraude, entenderéis que la curiosidad me haya ganado.

—Señor… — empezó a decir Román —. Con el debido respeto, pero creo que está exagerando.

Thomas enarcó una ceja antes de volver a tener entre sus manos el periódico que minutos antes había lanzado sobre su mesa.

—Nita Rodríguez o la verdadera cara de la editorial Montecristo — empezó leyendo el título de la sección —. La historia de la desconocida mujer que creó un imperio de la nada y que luego se atrevieron a arrebatarle — volvió a tirar el periódico sobre la mesa antes de dedicarle la exclusividad de su mirada a Penélope —. Muy entusiasta.

—Revelador, dirían algunos — contestó ella devolviéndole la misma réplica — ¿A caso ahora somos objeto de su escrutinio, señor De la Calle?

— Escrutinio. Me gusta — sonrío—. Respóndame a algo señorita Gresco, ¿quién ha venido a mi biblioteca para saber más acerca de mi abuelo y mi familia? ¿Quién está realmente vigilando a quién?

— ¿Eso quiere decir que vamos a necesitar a un abogado?

— ¿Por qué? Sólo han venido a por información relevante para seguir adelante con la sección. Totalmente comprensible en dos periodistas que se hagan respetar.

—Exacto. — señaló Román aliviado. Penélope tuvo que contenerse para no perder los papeles ante la postura sometida que había acabado por adoptar su compañero.

—Con todo el respeto, no es de su incumbencia la razón por la cual venimos — se apresuró en replicar—. Hasta donde yo sé su biblioteca es de dominio público.

—Es todo un talento por descubrir, señorita Gresco — se llevó las manos al pecho, encajando el golpe — Pero está en lo cierto, otra vez. “Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos…”

—No va a impresionar a nadie de esta habitación citando el versículo de Isaías.

— Penélope, por favor… — oyó como le susurró su compañero.

Thomas no disimuló su sorpresa esta vez. Fueron muchas las personas que durante su época universitaria se entretenían memorizando y citando versos de Quevedo o Darío, pero pocos hubieran reconocido un simple pasaje de la biblia.

— ¿Sabe de qué habla? Del perdón. ¿Cree en él, señorita Gresco?

— Según de qué clase.

— ¿A caso hay más de una clase de perdón?

—Por supuesto.

—Entonces seguro que usted es de las que cree en el perdón de Beecher.

“ "Puedo perdonar, pero no olvidar'', es sólo otra forma de decir, "No puedo perdonar.'' “ oyó el recitado verso en su mente. Penélope sonrío. No andaba muy equivocado, pensó.

— Yo en cambio estoy segura de que usted pertenece a ese selecto pero grandioso grupo de ostentosos hombres que rinden homenaje al perdón de Gibran.

“Los hombres que no perdonan a las mujeres sus pequeños defectos jamás disfrutarán de sus grandes virtudes”. A Penélope nunca le gustaron esas palabras.
Creía firmemente que incestaban su libertinaje menos dócil a someterse al control permisivo de los hombres. Era como si de alguna manera, ellos debían perdonarnos por ser cómo habíamos elegido ser, haciendo un esfuerzo por olvidar los molestos problemas que venían cosidos tras las faldas de todas las mujeres.

—Verá, soy de los que consideran que los pequeños defectos de las mujeres son indiscutiblemente ineludibles para sacar adelante cualquier proyecto decente que se lleve a cabo en este planeta.

— “Se perdona mientras se ama” — terminó por decir —. Diría que esa es mi alegoría favorita sobre el perdón.

—No es de la biblia — le contestó ella.

—No, no lo es.

Penélope pensó que había algo en su manera de hablar, en su manera de comportarse que lo convertía todo en una especie de juego del que tan solo eran cómplices ellos dos. Resultaba entretenido observar cómo esas palabras que ambos insistían en embestir el uno contra el otro, no eran nada más que otra norma exigida por el mismo juego que se negaban a abandonar. Eran una mera distracción para el público, una gran cortina de humo de la que ambos ignorarían haber tejido después. No, se trataba de otra cosa muy distinta. Sin embargo, era excluyente a cualquier lenguaje que lo convirtiera en algo accesible a todos los que no pertenecieran a ese mismo juego. El brillo que aguardaba en sus miradas era el único responsable en dictar las reglas, y fueron precisamente sus miradas las que se encargaron del primer pistoletazo de salida. La única pregunta que quedaba por hacer era; ¿Había comenzado ya?

Quizá lo más sorprendente de todo aquello, fuera que el único en la habitación en darse cuenta de que a veces existen juegos en los que hay personas que no pueden jugar, fuese Román.

Primero la miró a ella. Después arrastró su mirada hacia el muchacho de rizos alborotados.

¿Podía realmente pasar?, pensó. ¿Podía ser así de fácil?

—Entonces — se aclaró la garganta rompiendo el cruce de miradas — ¿no hay ningún problema con seguir con la sección?

—Claro que no. Me parece una sección magnifica — Pero a Penélope le pareció ver durante un segundo ensombrecerse su rostro—. Estoy

deseando leer el próximo capítulo mañana.

— ¿No le tiene miedo? — intervino Penélope imperita.

— ¿A su sección? — Volvió a sonreír. A Penélope le costó disimular la satisfacción que le produjo escuchar su reconocimiento sobre la sección.

—A la verdad.

—Respeto — concluyó él después de un par de segundos— Pero eso no me da derecho a alzarme sobre ella. Lo que tenga que ser, será.

—Perfecto — se frotó las manos Román—. Pues nosotros, con su permiso nos vamos. Tenemos mucho que hacer. Aunque estaría bien que le comentara a su abuelo todo esto.

—No os preocupéis. Ya está al corriente. Tiene esa odiosa manía española de leer la prensa todas las mañanas.

Román asintió impaciente. Pero cuando fue a abrir la puerta e instó a Penélope a salir, ella se volvió una vez más.

— Perdone, pero no le he preguntado qué le parece.

Thomas no se sorprendió por su pregunta, y si lo hizo, no lo pareció en absoluto. Sabía perfectamente lo que Penélope le estaba preguntado. ¿Creía él en la legitimidad de Nita sobre la empresa de su abuelo?

—Lo que creo es que debe seguir con la historia, señorita Gresco.

Ella asintió levemente, antes de salir por la puerta.

— ¿Qué demonios ha sido eso? — soltó Román una vez fuera del edificio, llenando sus pulmones de aire fresco en una profunda bocanada.

—Supongo que acabamos de ver en directo a un “De la Calle”. No sé si estoy preparada para conocer al abuelo.

El tráfico continúo imperturbable por Paseo de Gracia, como si el tiempo tan solo se hubiera visto afectado intrínsecamente. Ese mismo tiempo que se había atrevido a traspasar esas únicas cuatro paredes con la misma fuerza inexorable que tienen las olas al besar las rocas, en las que ahora resonaban entre ellas con un impulso casi ensordecedor todas las preguntas que habían sido condenadas a divagar sin ninguna respuesta que les satisficiera. O al menos, por el momento. Penélope lo había tomado como una invitación a descubrir la relación que había tras la

imagen de los De la Calle y los secretos que guardaban bajo el nombre de Nita Rodríguez. Y aunque era Roberto De la Calle quien realmente le interesaba, Penélope no podía ignorar la maraña de piezas dispersas sobre el tupido mantel que empezaban a ordenar la borrosa imagen de Thomas De la Calle, y que suplicaban en no encajar. Pero aún no estaba segura de si su sediento interés residía en todo lo que se había dicho, o por lo contrario a todo a lo que no se había llegado a decir.

— Un tipo extraño, el nieto de De la Calle —resopló Román.

Penélope volvió a recibir otro mensaje. Lo miró atentamente, releyéndolo una vez más con la determinación forzosa con la que acaba por aislarse una persona.

— ¿No te parece? — insistió.

—Supongo que tú también lo serias con una editorial a tu espalda.

— ¿Qué pasa? — se burló— ¿Vas a defender a tu nuevo amiguito?

—No ironices. Nunca se te ha dado bien.

Penélope alzó la mano para parar a un taxi.

—Búscate otro taxi, Sancho Panza — soltó Penélope cuando Román hizo ademán de subir en él—. Este jamelgo no es para ti.

— ¿No vamos a la oficina?

—Tengo que hacer cosas antes. Así que quizás me pase. O quizás no. Pero que eso no te impida seguir chupándole el culo al señor Romano.

Ni si quiera se molestó en reparar en el ceño fruncido que estaba a punto de partirse de la rabia Sino que abrió la puerta del taxi antes de indicarle la dirección sin dejar de mirar el móvil.

Algo que siempre parecía escurrirse entre los artificios de su cordura, era el olor de esta habitación. Se puede describir casi cualquier cosa de este mundo, oyó de nuevo su voz, pero nunca vas a poder referir un olor. Los olores no son sensaciones a las que poder echarle mano, son personas. Y cada persona, así como cada olor, son imposible de descifrar.

La habitación era cálida, había dos grandes ventanas que permitían abrirle paso a una iluminación natural y suave. Por otro lado, ese parecía ser su único adorno, su capricho más personal. Pues entre esas paredes no había rastro ni de un solo cuadro, una solo foto o una simple decoración íntima.

Pero quizá por eso le resultaba la habitación más tranquila en la que había estado hasta ahora. Recorrió con las yemas de los dedos la pared cálida mientras esperaba. Era algo que solía hacer para seguir diferenciando esa delgada línea que tan a menudo solía emborronarse hasta casi hacerse invisible. Como la tinta que acaba siendo absorbida por el papel. La crudeza sensorial que despertaban los nervios de su mano y que se encargaban de transportar por todo el cuerpo. Hasta que se detuvo frente al espejo. Se sorprendió al darse cuenta de que su pelo lacio y castaño claro había crecido hasta por debajo de sus hombros. Observó con detenimiento cada arista de su rostro, advirtiendo en él todos y cada unos de los pensamientos que apenas la dejaban dormir por la noche. Sus ojos negros como el carbón admiraban su propio reflejo como la oda irónica de un poeta. Su tez pálida, más bien blanca realzaban sus labios carmesíes. Pero eso era todo, no creía que hubiese nadie que pudiera ver algo más allá de aquella máscara, porque ni si quiera ella misma fue capaz de verlo a través de ese espejo. Siempre pensó en su vacuidad como una posesión poética de todo lo que en realidad albergaba en su interior, pero hoy no. Hoy tan solo se vio tal como los demás la veían.

— ¿Se puede? — anunció Marta, arrastrando frente a ella la silla de ruedas.

—Pregúntaselo a ella — señaló a la mujer de sesenta y pocos años que ocupaba esa misma silla —. Al fin y al cabo, es su habitación. Y yo solo soy un huésped.

—No te atrevas a decir esas palabras en mi presencia, jovencita. Y si por si queda alguna duda, quiero aclararle a Marta que tú eres la mejor huésped que tengo.

—Creo que soy la única que se atreve a visitarla, señora Orsoria.

Marta acercó la silla junto a la cama, sin poder ocultar la débil sonrisa que siempre se asomaba cuando oía a la señora Orsoria bromear con ella.

—Y aún así, ¿cuánto hacía que no venías? — soltó la mujer mirándola directamente con sus ojos negros —. Temía que no encontrarás la dirección de mi nueva casa.

—Por un momento me ha parecido notar cierto rencor en tus palabras.

—¿Y por qué será?

—Ni idea. Es una casa envidiable.

—Lo es. Si tan solo no tuviera que compartirla con toda esta gentuza.

—Las dejaré a solas — anunció Marta saliendo apresuradamente de la habitación.

— ¿Qué demonios le pasa a Marta ahora?

—No te atrevas a desviar la atención. ¿Con su juventud ya se estrena en la liga de las sillas de ruedas?

—Que no te engañe este vehículo del demonio. El médico la consideró necesaria por ese golpe tan tonto en la rodilla — se acarició la sien con cura —. ¿Ves la brecha que me abrí?

—A mí no me engaña, se lo hizo a propósito para tener una excusa con la que volver a ver al doctor Espósito.

La señora Orsoria sonrió mientras hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Basta de tonterías. ¿Cómo está todo por el bloque?

Penélope sintió como su sonrisa se fue endureciendo hasta convertirse en una mucho más forzada, más punzante.

—El bloque está bien. Los vecinos están bien. Todo está como siempre.

— ¿Le has echado un vistazo a mis plantas? — insistió distraída por la ventana—. Las margaritas necesitan cuidados todo el tiempo.

—Eso hago. Les presto mi atención todo el tiempo. Si tuvieran boca, hasta se quejarían.

Pero la señora Orsoria guardó silencio. Seguía mirando hacia la ventana, perdiendo su mirada entre las nubes de algodón que hacían su entrada espectacular en el pequeño rectángulo para luego desaparecer sin aviso, volviendo a dejar paso a otra nube. A veces más grande, a veces más blanca.

—Eres la mejor vecina del mundo.

—Era la mejor vecina del mundo. Ahora tienes nuevos vecinos.

—Pero no son como tú.

No, pensó ella, no lo son.